

LADISLAO GRYCH

UN CORAZÓN ENTREGADO ⁽⁴⁶⁾

Acompañando a un grupo misionero del barrio, llevando paz e invitando a encontrarse con Jesús.

Nos preparamos para la misión en nuestro barrio; por ahora, lo que nos importa es crecer en Jesús y también, poder compartir el tiempo antes de la misión; luego procuraremos disfrutar de los encuentros con el pueblo, al dejarlos en las manos del Señor.

INTRODUCCIÓN

Las reflexiones van naciendo al mismo tiempo que las recibe un grupo misionero; en realidad, expresan las vivencias del grupo en el tiempo de la Gracia; serían una preparación que no dura más de tres meses, antes de ir al barrio, para llevarles el Mensaje a que vengan, que escuchen y que compartan.

Se trata de un grupo misionero ya formado que, una vez más, vivencia su preparación para la misión; aún experimentamos el clima que quisiese reflejar lo que viven los discípulos de Jesús; pues si deseamos revivir aquel tiempo, ¿por qué no soñar que eso sería posible?

Al clima de las misiones de Jesús lo revivimos en nuestras circunstancias; ya son muchos los que quieren llegar a los hermanos en el Nombre de Jesús; desde el primer instante de la preparación creemos estar en la obra del Señor.

¿En qué consiste la preparación que el mismo Jesús ofrece a sus discípulos?; ¿cómo obra Él, cómo los abre a la misión?; es lo que queremos intuir, al tener en cuenta su Poder de los Cielos; pues Él, con tan sólo mirar, transmite el Poder y llega muy hondo con la paz, con la ternura y con la comprensión; y si Jesús espera que actuemos según su modo y su gracia, entonces, ¿cómo obra Jesús en nuestro tiempo?; ¿cómo actúa en medio de nosotros?

La preparación antes de partir, tiene mucha importancia; si es que tratamos de revivir la obra de Jesús, también somos los primeros en recibir de Él; pues si no la viviésemos, ¿qué es lo que llevaríamos a los hermanos?; si no la viviésemos, podríamos ilusionarnos de alguna obra de Jesús; Él hubiese podido obrar a través de las piedras, sin embargo, prefiere hablar por medio de los corazones que vibran con su gracia; y esos corazones tienen el poder para llegar a la profundidad del corazón; pero si no lo logramos, es porque la realidad nos

supera, o es que nuestras vidas están confundidas y turbias; aún van perdiendo la gracia en el camino del Señor hacia los hermanos que nos esperan; en fin, ¡qué grande es ver cuando la gracia se transmite de corazón a corazón!; y es que todo pasa por nuestras vidas.

Los enviados van a invitar a los hermanos que vengan y que estén con Jesús; en el anuncio está Él y su invitación; y luego cuando vengan, ¿se encontrarán con Jesús de verdad?; ¿y Él estará en el encuentro anunciado por nosotros?; es que no lo podemos defraudar a Jesús ni a los que vienen, pues, lo de Él es demasiado grande.

Santa Rosa, 30 de dic. de 1995

A.1. LA SAMARITANA

a. QUE MI CORAZÓN RESPONDA

Él espera a Alguien a que venga a esa hora; y es Ella.
Como todos buscan sombra y esperan descansar, Ella viene.
Él sabe en que tiempo vienen los que necesitan de veras.
¿Tan sólo necesitan del agua que apaga sed?
¡Cómo Jesús comprende a la gente!

Para comprender a los que buscan agua, Él tiene sed; y está cerca del pueblo y de la mujer que camina con el cántaro.
Hay que sufrir y tener sed, para comprender la vida; hay que esperar contando los últimos pasos ya cansados.
Y Él tiene tiempo para poder mirar al que sufre, porque tiene corazón.

¿Cuánto tiempo necesito Señor, para sentir a mi hermano en mi corazón que tiene sed, y que necesita?
Entonces, que las necesidades que tengo, no me impidan ver y sentir a mi hermano; al contrario, que lo tenga presente; y que él lo comprenda, si es que lo puede ver, mi Señor.

Cuánto tiempo necesita mi corazón, para pedir agua a quien está a mi lado, a esa hora.
Si es que pedir parece molesto, servirá aún, pues se abrirían los corazones, se despertarían; tanto del que habla de una sed extraña, como el de mi hermano o el mío.
Y hay que seguir esperándolo; más aún, porque llega la hora de apagar la sed; es la más importante.

Qué grande es intuir la sed de mi hermano, con respeto, sin prejuicios ni desprecio, sin avergonzarlo.
Es la comprensión que llega; y cuando apenas llega, abre.
La vida del hermano se llena de otra luz, tan confiable como

si naciese en el Señor, como si se despertase en Él; pues tú, Señor, la vas despertando.

La vida se iba llenando, satisfacía sus necesidades.
Son aquellas que suplen la sed y la confunden, al dejar más ansiedad, más amargura.

Si la vida se confunde, se desespera más aún, y lo presiente que es así; pero, ¿a dónde llega, si se deja llevar?

Si no se deja llevar, igual se presiente esclava; ¿qué hacer, y qué camino hay que tomar, Señor?

b. ¿POR DÓNDE ME LLEVAS?

¿Por dónde me llevas Señor, para que comprenda al hermano que tiene sed?

Hoy, me haces sentir la urgencia del agua; si la sed es fuerte, aún hay otras ansiedades que dominan nuestras vidas, y las condicionan, las atan y las humillan.

La sed está en los fundamentos de la vida.
Es tan necesaria como la sed de ti, Señor; como si quisieses que la vida se constituyese en medio de las dos.
Mi cuerpo y mi espíritu buscan agua; así te necesito, Señor, que llenes mi vida.
Entonces, lléname de tu Agua viva.

En tu Agua, mi vida renace.
Tu Agua llega a todo mi ser; así lo transformarás.
Mis ansiedades partirán en medio de ti, Señor.
Por hoy, presiento que mi vida comienza a aquietarse.
Será como tú quieres, porque presiento en mí, tu Agua.

Me harás ver cómo cambia mi vida.
Me harás ver las luchas y enfrentamientos, pero todo parte de tu Agua que transforma mi ser.

Será otra vida, será nueva, renovada.
Como si mi vida recibiese una Nueva Vida que nace distinta,
pues su fuerza es tan grande, Señor.

Me haces ver que mis ansiedades se van ordenando en medio
de la sed de ti, Señor, aún calmada con tu Agua.
No son las que dominan, al contrario, están al servicio de la
Vida; pues comienza la calma.

La sed de ti, aún expande la fuerza para poder recibir luz, y
liberarse en medio de los enfrentamientos.
Es la calma que entra y transforma; si todo se aquieta, será así
hasta que sea necesario, partiendo de ti, Señor.

Voy comprendiendo cada vez más, mi vida en el camino de
la transformación, aún con mi debilidad que superas en mí; y
me reconcilio, al recibir tu luz.
Sé por qué me fui tan lejos; pero como tú, Señor, me salvas,
me respeto; pues obras en medio de mis ansiedades.

Mientras estoy más reconciliado conmigo, siento que me das
fuerzas para abrirme libremente en mi corazón.
Tú, Señor, eres cada vez más grande; mi vida se ve más libre
en mi interior; no se ve tan esclava en medio de la debilidad,
pues, comienza a respirar con tu Aire, Señor.

Si es que necesitas tanto tiempo, es porque mi vida ha estado
confundida como aguas turbias; por eso, Señor, por mucho
tiempo no veía tu obra ni la comprendía.
Sin embargo, confiaba en que estabas en mí; es que tu Gracia
superaba mi modo de ver.
Yo seguía débil y confundido, y tú estabas obrando.

¡Cuánto tiempo necesita mi vida hasta que se aquiete en mí!
¡A cuántas vivencias debes vencer Señor, a cuántos pasos

tuyos en medio de la debilidad que casi me vence!
En esas luchas, mi oscuridad casi me supera; si no lo logra,
es porque tú alcanzas más lejos, y eres paciente.
Mi vida queda vencida por ti, Señor.

Esa experiencia, aún vivida profundamente, es importante.
Después de muchas luchas, vienen la paz, la comprensión y
la reconciliación, la alegría y el gozo de ti, Señor, tan grande.
En fin, mi vida recupera la seguridad, ya no vacila ni tiene
miedo de sus próximos pasos, pues se abre para vivir.
No es que no tenga dificultades, pero es otro tiempo.

Ahora, la fuerza para llegar al hermano ya parte de ti, Señor,
que has calmado y has vencido mi vida.
La palabra tiene otra luz, otro sentido; por eso llega, se hace
confiable y fuerte; y tiene tanta luz, cuando llega al corazón,
que hasta los ciegos comienzan a ver.

Tu palabra está llena de calma y de comprensión.
Si la paz llega, abre los pasos; no para juzgar ni condenar,
sino para respetar.
Mi mirada se proyecta tuya, Señor, comprensible; es la que
atrapa, pero no esclaviza ni hiere; aún, despierta confianza.

Entonces pedir el vaso de agua no molesta, sino que da pie
para hablar; y se tratará de las vivencias no compartidas con
otros; ¿por qué ahora?
Es que es la hora del mediodía, del Sol muy alto, y del Señor
cercano; a esta hora, la sed de ti, es muy grande.

2. LA IMAGEN DEL PADRE

a. ME CUESTA COMPRENDERLO

El hijo se fue; ¿por qué se fue, y qué es lo que buscaba?
¿Tan sólo fue la ingratitud, la maldad frente al Padre, quien velaba día y noche por su vida?; ¿sólo eso o su vida se va tan lejos que, por hoy, no sabe lo que hace?, ¡pobre hijo!

¿El Padre ha permitido que se fuese?
Y era su hijo; aún le da la herencia; no sé si le corresponde la herencia, sin embargo, el Padre le da todo.
¿Qué pasa en su corazón, tan entregado por el hijo? Es que ciertas vivencias se comprenden muy poco, mientras el Padre sigue amando hasta el fin; y el hijo se fue.

Señor, quisiese seguir a tantos hijos tuyos que se van de tu casa; y aún son mis hermanos.
Pero, ¿quién les entendiese por qué lo hacen?
Me pregunto si tú los comprendes, y estás por encima de las comprensiones; creo que aún los ves con la luz que es sólo tuya, Señor.

Tantas veces, me pregunto y me quedo en el mismo lugar; es como si necesitase preguntar y nada más.
¿Acaso, tiene importancia que halle respuestas?
Lo cierto es que tú, Señor, muestras el amor como nadie otro pudiese hacerlo, en la hora de la ida de tu hijo.
Pero, ¿comprenderá el hijo?; si hoy no lo ve, algún día, le podría servir.

El hijo se fue; ¿quién es que se había ido?
¿Dónde está el hijo a quien sigo buscando?
¿No será que lo busque lejos, y él está cerca?
¿Deseo verlo entre mis hermanos, y él está más cerca aún?

¿No seré yo, ese hijo perdido?

¡Cómo me cuesta verlo!; me cuesta entender mi ingratitud,
mi insensibilidad, mi indiferencia ante mi Padre.

Si Él es mi Padre, no lo siento ni lo veo.

Soy su hijo, me lo dicen; pero no se conmueve mi corazón,
tan insensible; ¿qué es lo que pasa con mi pobre vida?

Y mi corazón sufre cuando me voy; tampoco tengo paz.

b. QUIERO ACOMPAÑARLO

Quiero acompañar a mi hermano en el camino que le toca.

¿Y qué es lo que espero, si su vida se llena de las desgracias?

Su vida cada vez más perdida, triste, ¿qué hacer, entonces?

No sé qué hacer, Señor, y su vida toma su propio rumbo.

Me dices que debo ir tras una oveja perdida que se va aún
más lejos; y ella, por su cuenta no puede volver; está herida,
ha perdido su rumbo.

No obstante, casi me detienes ante la vida que se va yendo,
por respetar su camino equivocado.

¿El Padre no había dicho a su hijo lo que le iba a pasar en su
camino?

Y el hijo se fue; ¿no le creía, no le importaba su palabra?

Quizás, no se imaginaba a dónde podría llegar su vida.

¿Qué puedo hacer, mientras su hijo sigue perdiéndose?

Como si me dejases, Señor, caminar tras la vida; y si le digo
a tu hijo, no me escucha, o lo toma al revés.

Él se va, yo sigo sus pasos; se aleja y corro detrás de él.

¿Para qué mi palabra, mis persuaciones?

Tu hijo se va yendo; lo sabes, Señor, mejor que yo.

¿Permites que tu hijo llegue a su propia destrucción?

¿Será posible que ocurra eso?; ¿adónde llegaría?

Sigo sus huellas, trato de comprender sus pasos; y su vida lo lleva; ¿no sé si él pone alguna fuerza o se deja llevar?
¿Y qué pasará con él?

¿Qué me dirías en esa hora, de tu hijo, Señor?
Que hay que esperar hasta el fin, a pesar de que la vida huele más a muerte que a vida.
Mi corazón le sigue atento; y me dices que debo amar al hijo de mi Padre, mi hermano; y a lo mejor, cuando logre ver el amor, se detenga en algún lugar, quizás cerca del abismo; parece que no hay otro modo.

Tantas veces, quise detenerlo a la fuerza, sacudiéndolo.
Sin embargo, no me comprende, aún se enoja...
Si se detiene por un instante, quiere seguir, como si alguna fuerza lo atrapase y lo llevase.
¿Qué puedo hacer?; ¿aún esperar hasta que el amor llegue a su corazón?; ¿al sentirse amado, su vida se detendría?
Es lo que el Señor me dice.

¿Por qué mi amor no le llega?; ¿sé amarlo, es el amor que deseas brindarle por medio de mí?
Me haces ver que, si tu hijo hubiese vivenciado el amor del Padre, no se habría ido de su casa; pero hoy, lo comprende menos aún; ¿estaría seguro de que el Padre no lo amaba?
Y si ve la luz, ¿cómo volver?; pero tú, Señor, me pones a su lado.

Quiero decirle gritando con todo mi corazón, que su Padre lo ama; y si no me escucha hoy, mañana le vuelvo a decir tantas veces que necesite, para que se despierte.
Que mi corazón, al amarlo de verás, incondicionalmente, sea testigo del Amor

El hijo se detiene; se le termina el camino.

¿Adónde ir, si llega a las fronteras de la vida?
No tiene fuerzas para seguir; cansado, destruido; y le suenan
la Palabra de Amor.
Si hubo tiempo, para escuchar otra palabra, ahora ésa se hace
el lugar en su corazón.
¿Es cierto que mi Padre me ama?
Si es cierto, ¿cómo volver?
Le digo que sí; y no me cree, pero escucha con respeto.

Pasan cosas en el corazón del hijo tirado al suelo; si es que
no se levanta, parece como juntando las fuerzas.
Le resuena la Palabra, luego de caminar lejos de su Padre;
¿será cierto que me ama?; ¿y qué puedo hacer?
Señor, dame paz para esperar más aún; que tu hijo se levante
y empiece a caminar hacia tu encuentro; no importa lo que
sigue viviendo, lo que sí que camine al encuentro contigo.

Si no tiene fuerzas, se queda para descansar.
Quiero estar a su lado, aún alimentándolo con el amor que ya
pones en mi corazón para él, que es tu hijo.
Ese amor es sólo una pequeña primicia de lo que le espera;
por hoy, necesita de eso, tampoco puedo hacer más.
Seguirá caminando a tu encuentro; pensará en su vida, en su
pobreza e ingratitud; es esa realidad que lo frena, pero aún
más lo lleva; quisiese estar en ese encuentro contigo, Señor y
Padre.

c. AL VIVIR EL ENCUENTRO

Deseo vivir ese encuentro con el Padre.
No es como lo pensaba el hijo; a la vez, supera mi capacidad
de sentirlo; un asombro, creo, muy grande.
El dolor, la desgracia y el fracaso lo iban preparando; ¿cómo
será, cuando llegue su hora?

El hijo tiene tanto para decir; quizás, para justificarse ante su Padre; tiene la palabra que ya llega a sus labios.

Pero por hoy, hay otra realidad que importa; si es que el hijo quiere hablar, el Padre tendrá otro tiempo, por hoy, basta con eso que ha vuelto.

Con su abrazo, el Padre lo acoge amándolo como jamás en su vida; así lo siente; luego de tantos años sin el hijo en su casa, el Padre está feliz y el hijo, asombrado.

Habrà tiempo para hablar, recordar, hasta llorar; habrá lugar para recordar ese tiempo perdido, parece que recuperado con el abrazo de amor.

Creo que aún más que recuperado; y lo veo, Señor, luego de acompañar a tu hijo; aún me queda darte gracias por haber podido hacerlo.

3. A AMAR MÁS A JESÚS

a. EL DESPERTAR

¿Quién es el que despierta ese amor, pareciese tan extraño?

¿Cómo es, cómo nace en mi corazón?

Alguna inquietud me anima, cuando aún duermo; es como si anticipase un amanecer esperado.

¿Quién es el que despierta ese amor, mi Señor?

Tú, Jesús, me dijiste que debía amarte más que a otros seres;

¿acaso, se pueden forzar los sentimientos de corazón?

En aquel instante, fue como si prendieses una llama; así, mi corazón vibraba con lo que no podía expresar; y me quedaba tu palabra que resonaba, no podía olvidarla jamás.

Una inquietud me despertaba en medio de la necesidad de mi corazón; aún quise amarte Jesús, como jamás he amado a alguien en mi vida; si mi corazón se iba agrandando con el deseo, es que quería amarte y tu gracia me iba llevando.

Tengo claridad de que el deseo era grande; aún no sé si podía hablar del amor, pero el deseo me llevaba.

En aquel tiempo, creo que no supe amar a nadie.

Entonces, ¿cómo despertaste, Jesús, ese deseo?

Es que conocías mi corazón y sabías por dónde comenzar; aún sabías despertarme.

Me miro, y veo que mi vida estaba vacía del amor.

Yo decía que amaba, y me ilusionaba de un amor que no era cierto, en medio de la confusión y la ansiedad, aún mezclado con mi debilidad.

Me doy cuenta del momento y de la gracia tuya, Jesús.

Aún había que esperar, para que creciese alimentándome en la Fuente del gran Amor.

Si es que deseaba amarte, también mi vida se sentía amada; y por primera vez, vi el Amor que llegaba a mí, casi quemando mi ser, pobre de amor.

Qué grande debía ser la gracia del amor tuyo ante mi vida, el que podía penetrar mi oscuridad, mis penas y defensas. Tú, Jesús, ibas llegando de un modo sorprendente, en aquel tiempo, cuando me costaba creer en el amor. Como me inundaste contigo, el deseo nacía como rebrotando en medio de mi mundo oscuro y ansioso.

No era tan sólo para sentirme amado; ante todo, mi corazón debía despertarse en el amor; y tú, Jesús, promovías ese amor casi perdido, soplando a mi espíritu.
¡Y cómo le cuesta a una planta caída hasta que se levante, luego de sufrir, de quedarse tirada!

b. DESPUÉS VIENE OTRA VIDA

Quisiste que mi vida se despertase en medio de ese amor ya prendido en mi corazón; y que el amor me llevase por el camino del crecimiento; de este modo, iniciabas en mí lo que no comprendía; no obstante, mi vida se veía como atrapada, mientras me llevabas por ese camino.

Vino la hora de mucha luz, de las reconciliaciones, de los encuentros conmigo mismo, con mis hermanos. Fue el tiempo de las luchas en mi interior; y caminé hasta que mi vida se hallase en el Señor. Es que su amor ha prendido en mí; me iba encontrando en el amor que llegaba a todas partes de mi ser, aún perdido y quebrado, confundido y desesperado; pero ahora comienza otra realidad en mi vida.

Así seguía volviendo a la verdadera vida, recién ahora y de

un modo tan sorprendente; mientras tú, Jesús, entrabas, tu amor me inundaba y me transformaba; y todo nacía en mi corazón.

En un momento, fue como si en mi corazón se confundiese tu amor con lo que se despertaba en mí; creo que ése fue tu modo tan fuerte, de tu obra en medio de mi vida; pues de otra manera, mi corazón no se hubiese abierto jamás.

Tu amor llegaba a todas las partes, aún perdidas y tristes. Tú, Jesús, ibas llevando a todo mi ser; es que tu amor lo iba transformando; fue un nuevo nacimiento, de veras; pero pasó mucho tiempo hasta que pude lograr mirarme en medio de tu amor; entonces sí todo era distinto, totalmente nuevo.

También, mi corazón se iba abriendo hacia mis hermanos; y comencé por aquellos con quienes me unía el dolor, la pena y el resentimiento; es que todo empezaba a ser diferente; mis hermanos ya eran distintos y yo casi no creía que mi vida pudiese tomar ese rumbo; es que comenzó de ti, Jesús, cuando despertaste mi corazón.

B. 4. A ORAR SIN CESAR

Empiezan las reflexiones que tienen que ver con la Palabra durante la misión; son más bien para el Pueblo; y en algún sentido, tienen que ver con el despertar en los corazones que siguen en su interior; si saben escuchar, verán al Señor que llega muy hondamente; ya se alegra mi corazón de su Obra.

Los que oran por los hermanos fallecidos, pueden descubrir el camino para sí mismos; así buscan al Señor para sus vidas, en el sendero que les toca transitar.

La muerte de los hermanos nos lleva a nuestras muertes, y la vida de ellos, se hace nuestra vida, siempre en el Señor.

Hoy, deseo orar por los hermanos que están en mi corazón; por alguna razón, mi corazón los guarda y los trae; y si los recuerdo, viene la reflexión que, unida a Jesús, los podría llevar en los nuevos espacios de la vida.

¿Hasta dónde puedo llegar con lo que presiente mi corazón, mientras que voy intercediendo por ellos, ante el Señor?

¿Cómo los llevará mi corazón entregado?

Mientras tanto, mi corazón sigue desprendiéndose; es que los lazos, por más fuertes que fuesen, deben superarse para que vuelen mis hermanos, aún unidos a mi corazón.

Ellos se van; parece que mis manos y mi corazón no avanzan más; cuando me estiro, ya no puedo alcanzarlos.

Cuántas ataduras nos condicionan con nuestros hermanos; y son las que nos perturban en el caminar; no son los vínculos sanos que nos ayudasen a crecer, ni a nosotros ni a nuestros hermanos; es lo que quisiese ver en ese tiempo, mientras que la paz envuelve mi vida; entonces, puedo ver mejor, hasta puedo creer que la realidad cambia; y si lo creo, el cambio viene del Señor.

En nuestro corazón aún se quedan las huellas de las muertes tristes, no deseadas ni aceptadas; son las que pesan.
¿Será así para siempre o hay un tiempo de la liberación?
Hoy, desearía verlas de otra manera, recién hoy, después de tanto sufrimiento.

Mientras me reconcilio con mis muertes, creo que ya estaré libre ante mi vida que también pasa por la muerte; aún podré mirar mi vida ya sin tanto miedo ni con tanto dolor.
Es lo que me inquieta, en lo profundo de mi corazón; lo mío es más fuerte que la muerte de mis hermanos.

Todas las muertes nos cuestan nuestra vida, pero hay muertes más tristes aún, más duras; por ejemplo, quien logra vencer la muerte de un hijo, vive su propia resurrección; y lo saben los que han llegado a ella.

Hoy, quisiese acompañar a esos hermanos que sufren, y aún llevarles la fuerza para vivir; ojalá, mi corazón sea un buen recipiente que les lleve la fortaleza.
Pues, deseo vivir por la resurrección de la vida, no tan sólo después de la muerte, sino también hoy; aún, quiero estar con mis hermanos.

Los hermanos pueden vencer su propia muerte en esta vida; pero el tiempo se les hace largo y apenas caminan.
Creo que hasta que Jesús no toque sus vidas con sus manos, no se van a levantar jamás.
Más bien, Él quiere que su mano sea comprendida por medio de mi pobre servicio, que podría ser tan humano y tan pleno del Señor.

En todo el tiempo de mi vida sigo madurando; es que apenas soy una semilla en la mano del Señor, Quien da calor y da

vida; algún día, Él soltará la mano y la semilla se caerá.
Si es que el Señor sabe el día, yo sólo espero.

No sé la hora, tampoco la necesito; es que el pensamiento es del Señor; y Él tiene su decisión; se fija en mí, mira si la semilla está madura.

Después, es otro tiempo, no importan los días; lo que sí, eso vale que la semilla no caiga antes; es que no puede caer la semilla que no haya logrado madurar.

5. AL ORAR LA VIDA

Hay tanta gente sin trabajo y desesperada, que sufre mucho, casi sin perspectivas; hay mucha pena, mucho dolor. Frente a los problemas, casi no sabemos qué hacer; y a veces, nos queda la palabra de consuelo, de paciencia; es que no sirven la rebeldía ni la tristeza en un mundo angustiado.

Quiero estar con el hermano que es padre de sus hijos; viene cabizbajo, porque fue despedido; ¿y qué decirle, mientras la desesperación no vale?

Y cuando le toca a un joven que busca el trabajo desde hace tiempo, ¿qué futuro para él, y cómo ver su futura familia? Si la realidad es tan compleja, ya no puedo estar ajeno ni ser indiferente.

Se corre el peligro de que el dinero sea el que vale; quien lo tiene, se defiende, y si no lo tiene, está perdido. No vale tanto el trabajo, sino vale el dinero, lo que ganas y lo que tienes; ¿adónde nos lleva ese mundo perdido, donde el dinero tapa los rostros?; pues ya no veo a mi hermano, como si no existiese para mí.

El trabajo tiene dos aspectos que se valen por sí mismos, de modo que, sin ellos, la vida se detiene, aún retrocede; y son: el crecimiento interior y el servicio al hermano como fruto del crecimiento; ¿y qué más esperar?

Hay que luchar por los valores, y darles un sentido pleno; es como llenar la vida desde la fuente; entonces, el crecimiento personal se abre desde una vida sana.

Todo lo que hacemos debe nacer en nuestro corazón, donde toma su fuerza abriéndose cada vez más. En algún momento, podríamos sentir esa corriente en cada

actitud, en cada gesto, en todo; sería muy grande vivir de esta manera.

Cuando se despierta la corriente, tan sólo hay que esperar. Con el tiempo, la corriente va a ir creciendo, transformando la realidad, la que seguirá tomando cada vez más vida.

Entonces sí, nuestras manos ya estarán plenas de la Vida del Señor; y será lo mismo con las tareas, pues todo estará en la misma corriente de Vida.

Qué grande es pensarlo así, pero más grande es vivirlo.

La vida se enriquece; se va transformando a cada instante. El Señor está en todo, ya no hay partes vacías; aún está en las debilidades y flaquezas, pues toda la vida lo necesita. El trabajo se hace como el vuelo, si viene del Señor. La vida empieza como elevarse, promovida en el espíritu.

Hay que despertar la visión del trabajo; que nos haga resurgir con mucha fuerza, que siempre viene del Señor. Buscamos esa clase de felicidad y de realizaciones, pues de otro modo, la vida se hubiese deprimido.

Aún, hay que recuperar la dirección del servicio. Se necesita tanto para abrir los ojos, porque estamos como estancados, como unos pequeños charcos de agua que huele mal; entonces, no nos quedemos lejos del Agua viva. La vida debe recuperar su espíritu del verdadero servicio.

San Benito habló de la oración y del trabajo; entendía que en medio de la oración la vida hallaba luz para trabajar, como naciendo cada día, sirviendo.

6. LA RECONCILIACIÓN

Se van dando las circunstancias para reconciliarnos; y si aún no las tenemos en cuenta, tendremos otras oportunidades; es que la vida por sí misma tiende a la reconciliación.

Todas las reconciliaciones son importantes, pero entre ellas, hay algunas que predominan y marcan un nuevo rumbo en la vida; son las que nacen entre padres e hijos, y entre hijos y padres; por eso, hay que llevarlas hasta el fin.

Se reconcilian los padres e hijos, se sonrío el cielo, pues ya es otra vida, no la de antes; luego, nos damos cuenta de que esa reconciliación se abre para otras, como si fuese un río.

Veremos que muchas de nuestras idas, de separaciones, de guerras y de fracasos, han tenido su raíz en ese primer dolor, en esa ida sin paz; si la vida nos daba miles de oportunidades para volver a nuestra casa, por alguna razón, no lo podíamos lograr; al contrario, nos alejábamos más aún, en medio del dolor; pero siempre urgía la necesidad de volver a la primera raíz, y no sabíamos cómo hacerlo hasta el día de hoy.

Las cosas pasan, la vida se va aún más lejos.
¿Hasta dónde puede seguir yéndose cada vez más?
No lo sé, pero no es un paso eterno, a pesar de que pareciera; la vida no puede irse para siempre, si aún no quiere perderse y desea salvarse de veras.

Las oportunidades vienen; alguna vez, en medio del dolor, de la enfermedad, del fracaso; y es para las dos partes, para los padres y los hijos.

Entonces, viene el acercamiento; pues ciertas fuerzas llevan al encuentro, y las vidas empiezan a cortar las distancias.

En medio del dolor, de los fracasos y de la comprensión que viene, hay tantas cosas que no tienen importancia; aún se abre la luz para el abrazo y el gesto de un amor sincero; si se caen lágrimas, son otras; no son las que reprochan, sino más bien, las que unen y comprenden.

En medio de las vivencias, hay un espacio para el dolor, pues las vidas lo seguían asumiendo de modo que aún impedían el encuentro; no obstante, ya somos felices a pesar del dolor; es como si el mismo cobrase su premio en un encuentro tan feliz.

Aún no sabemos qué podría pasar con las vidas, pero serán diferentes; es que parten del encuentro en lo más profundo de los corazones.

Se abrirán los caminos para comprender la vida; parece que lo que viene, se abrirá y nacerá de nuevo.

Miro mi vida hacia atrás y parece tan distinta.

La veo de otro modo, y hasta la quiero mirar; lo que antes no me importaba o tenía miedo de verlo, lo veo diferente.

Entonces, ¿no sería por la gracia del Señor?

Empiezo a ver y a comprender otros fracasos en mi vida, y el dolor y las equivocaciones; si es que me pesan, quizás aún más que el dolor del desencuentro, puedo mirarlos sereno.

¿Por qué se unen esas miradas?; ¿tendrían algunas cosas en común?; ahora, veo que sí.

La luz se abre en mi corazón.

Ya nace otra mirada hacia mi vida, pues logro la paz con mis primeras raíces en la tierra.

¡Cuántas cosas cambian, y cómo cambiará mi vida!

7. LA ACEPTACIÓN

Llega el momento; empezamos a comprender tantas cosas de la vida, porque la luz del Señor penetra de tal modo, que la realidad se proyecta como visible desde Él.

Aquí, comienza el perdón, tan buscado, el que nunca llegaba; ahora sí, sigue llegando.

La comprensión es como la luz que nos viene; es la que nos hace ver la vida, pero de otro modo.

Jesús se detuvo ante nosotros y nos hizo ver; y no como nos hemos comprendido, sino que su mirada es otra.

De repente, vemos un gran cambio, como si se nos cayesen las cadenas; es que, ni siquiera nos dábamos cuenta de ellas; recién ahora, cuando se caen, la vida se ve aliviada, ágil.

Jesús me hace ver cómo los conflictos iban llevándome por el camino de las confusiones; me permite ver que hice ciertas cosas, pero, en lo profundo de mi ser, ni siquiera las busqué. ¡Cuántas veces, íbamos actuando dejándonos llevar por los impulsos, inseguridades y la desesperación!; y es cierto que la vida ha sufrido consecuencias; pero si alguien nos faltaba, fue el Señor; es que nuestra vida se encerraba, ante Él, y por eso se quebraba.

La comprensión nos lleva a poner la vida, como si fuese en una balanza ante el Señor; nos hace ver todas las redes de las confusiones; es lo que nos iba llevando por un camino muy doloroso; a la vez, nos hace sentir el llanto, la desesperación, la culpa y la vergüenza.

Se proyecta una visión muy completa; si Jesús nos mira con respeto y no nos juzga, es porque nos comprende; pero sí sufre y comparte el dolor.

No existe la reconciliación sin esa comprensión; y sin ella, es apenas un intento, y la culpa y el miedo aún vuelven. También es cierto, que la vida no reconciliada, nos lleva a nuevos fracasos, a nuevas culpas, a nuevas penas.

Quiero recorrer mi vida con todos los hechos; deseo mirarla de un modo distinto, como me invita Jesús. Seguramente, esa tarea me llevará mucho tiempo; la vida se va a ir abriendo en la medida en que no se vea juzgada ni maltratada; es como si naciese desde una fuerza escondida y ahora, comienza a salir a la luz, al abandonar su lugar oscuro.

Se abren la vida, el llanto, la pena; y no son cosas nuevas en mí, sino que fueron como escondidas en medio de mis rocas oscuras; el Señor me envuelve con su Paz, con su Ternura; me invita a que salga y no me esconda más.

Justamente, en ese clima, me voy encontrando. Cada día, trae nuevas cosas; alguien ni siquiera pensase que haya tantas, sin embargo, las hay, son como una red que nos encierra; la realidad nos ata, los errores se nos pegan, las confusiones se complementan. Hoy, me comprendo un poco más; es que la luz penetra en mí, y el amor me calma.
¡Cuánta presencia del Señor en mi vida!

Y pensar que todo eso me pasa, porque un hermano de Jesús se ha acercado a mí, y en su persona he encontrado a Jesús. Y cuando lo veo, me sorprende tanto, pues, el hermano mira mi vida con tanta comprensión, tanta paz y tanta ternura, como si encontrase un tesoro, así lo siento.

Me dice que debo llegar a la paz con mi vida, y que la debo amar como es, porque justamente esta vida es una gracia del Señor; me dice esto, y mis ojos se van abriendo.

Todo parece tan extraño; sin embargo, es como si leyese el deseo de mi corazón, el más escondido, real.

Me queda aceptar y amar mi vida, tan grande ante el Señor, y agradecerle hasta por esos pasos equivocados; hoy presiento que lo puedo hacer.

Aún debía pasar por tantas luchas; hoy lo sé.

Quizás, aún no sé aceptar del todo, mi vida, pero la hora está por llegar; me lo dice mi hermano, y le creo.

8. NO JUZGUEN NI CONDENEN

¡Cuántas veces, me vi condenado por mi vida, y mis pasos perdidos!

Fue la hora de mucho frío que llegaba a mi corazón, desde mis seres queridos; y eso fue muy duro en mi vida, porque la condena me marcaba dejando las huellas.

Me sentí condenado por los que me amaban; yo creí que me amaban y ellos me condenaron.

Vi que la condena era justa, merecida; yo cometí mis errores.

Me sentí solo; nadie estaba conmigo en aquella hora.

Después, mientras pasaba el tiempo, debía acostumbrarme a vivir luchando.

La vida sigue su rumbo y trae nuevas cosas; se complica y no sale como uno quisiese.

Vienen nuevo dolor y nuevos sufrimientos.

Parece como si fuese condenada mi vida; y cuando se pone más pesada, aún sigo luchando.

Hay nuevos pasos, son cada vez más dolorosos.

Hay nuevos fracasos; no quiero ver las caras; es que leo lo que me duele.

Las miradas me hieren, los pensamientos me hieren; y yo, tan solitario, con mi dolor a cuestas, ¿hasta cuándo Señor?

Comencé a buscarte Señor, en medio de mi desesperación y de la vergüenza que cubren mi cara.

No tenía a quien acercarme; es que nadie me escuchaba.

Ojalá, me escuchases, pensaba.

Entonces, comencé a orar por la paz en mi vida perdida; y así fue un poco más fácil vivir.

Aún, delante del Señor escondía mi tristeza y mi pena.

Encerraba mi dolor entre el pecho y la garganta; y si caían lágrimas, fueron secas, apenas caían.
Así seguía yo, condenado, condenándome.
¿Es que quién me comprendiese?

Llegó el tiempo; ya no daba más; fue demasiada la carga que llevaba; ¿y con quién compartirla?
Lo que más me dolía, no lo compartía con nadie, sino me lo llevaba solo; apenas compartía algunos pedazos de mi dolor, que se escapaban entre las grietas de mi garganta.
Presentía que no me escuchaban; si me oían, fue una limosna para mí, pobre y desgraciado.

Hasta que llegó ese tiempo, cuando de veras, no daba más.
Presentí que se abría mi corazón del todo, o se quedaba para siempre; y yo quería vivir y luchar.
Fue un momento duro, pero aún, de una gran gracia; porque me sorprendí mucho.
Fue la primera vez lo que sentí; es que alguien me escuchaba y no me condenaba; me dijo que me amaba más aún.
Me quedé con esas últimas palabras, tan sorprendido.

Él me hizo mirar mi vida con respeto, aún comprendía mi dolor, mi pena; no me juzgó por mi realidad, y lo sentí en su corazón; fue tan transparente con su mirada, que despertaba nuevas fuerzas; y recién aquí, comencé a sentir que no debía condenarme más, después de tanto tiempo y de tanto dolor.

Me dijo que mientras nacía la fuerza en el corazón, cambiaba el rumbo en la vida; y con esa misma fuerza podíamos salir hacia aquellos que nos iban condenando.
Esa fuerza cambiaba el rumbo en la vida de los hermanos; pero ellos tendrían su tiempo.

Me dijo que cuando llegaría a ver mi vida con los ojos de

Jesús, jamás me condenaría; y lo vi en sus ojos, no obstante, faltaba tanto hasta que prendiese en mi corazón.

Me dice que, así como mi vida se siente tirada a los abismos, algún día, se verá levantada, cuando deje de condenarse; es que será por la gracia del Señor que sigue llegando.

Aún, me dijo que comenzaba un nuevo tiempo; sólo era que yo iba a verlo poco a poco.

Pues lo que viví, tenía sentido por ese tiempo que vendría; y las condenas tenían su sentido, para que lo nuevo apareciese con más esplendor aún.

Él me dice que está muy feliz, al compartir mi dolor, mi pena, mi culpa; y me quedé con mi corazón aún más abierto, para sentir el amor que llegaba del Señor.

9. AL TRANSMITIR LA PAZ Y LA ESPERANZA

Parece que la paz es la única exigencia de parte de Jesús. Él dijo: "no lleven nada", y agregó a la vez, "lleven la paz". Pues, sin la paz, no llega lo que podría nutrir el corazón; y es lo que viene del Señor.

Hay que tener paz para llevarla; aún, vivirla en el corazón, como se vive el aire, el agua.

No es para gritarla a todos los vientos, sino más bien, para llevarla; si alguien responde, cuando recibe paz, lo podemos aceptar en silencio.

La paz es como el olor a perfume de la mañana.

Como un rocío, después de un día que agotó las fuerzas.

La vida se calma frente a la paz, como un barco que llega al puerto y ahora, casi descansa.

Luego de un día de agotamientos, ya podemos sentarnos para respirar reviviendo el pasado.

No bien llegas, se abre la puerta; la paz se derrama y llena el aire; es tan misterioso lo que sigue pasando.

La paz abre la puerta y a los corazones.

Si los corazones no son dignos, la paz vuelve, pero ellos se quedan aún más endurecidos; qué triste.

¿Quién comprenderá el misterio de la paz?

Aquellos que, con la luz del Señor, saben ver cómo la vida responde y se estremece; luego de ver la obra de Jesús en sus vidas iniciadas en medio de la paz, ahora comprenden mejor el camino del Señor, y cómo Él obra, mientras siembra paz, iniciando un nuevo camino.

¿Y los que están por recibirla?; no sé si la ven, pero saben de lo que pasa en sus vidas.

En medio de la paz sembrada en mi corazón, es como si el Señor estuviese expandiéndose; ahora, deseo ver su Obra en otros corazones, aún en el tiempo cuando ellos apenas saben responderle; es que ni siquiera sueñan en cómo iniciar un nuevo camino y Él, aún tan débil en sus vidas; pero esa paz inicia las nuevas vivencias.

Entonces sigo dándoles paz, mientras mi corazón alcanza con lo que puede dar, y es del Señor; no quiero forzar ningún paso, pero sí quiero darles paz.

Los corazones reciben, y sigo soñando; es que estoy en la obra del Señor.

Hace tiempo que lo vivo así, y se alegra mi corazón.

Mi vida se ha hecho como un manantial de la paz.

Aún tengo mis guerras; ¿y qué será cuando las mismas sean dominadas, si es que logro ver esas vivencias?

¿Cómo me pondrá el Señor frente a su pueblo?

La paz llena el aire y toca el corazón de un modo que calma, por más que fuese por instantes.

Si la vida se detiene, se ve de otro modo; por un instante, se abren los ojos aún oscurecidos y viene la calma; pues, lo que recibe la vida es tan grandioso.

La vida se abre o tiene intenciones de abrirse con lo que es.

El Señor toca el corazón de tal modo, que aún se abre.

La vida se ve aliviada y aún comprendida, por más que fuese sólo por un tiempo.

Esos instantes suelen marcar el rumbo de la vida.

Uno no se los olvida, sino más bien vuelve a revivirlos.

Si no sabe recuperar esa vivencia, se queda con la nostalgia, con el deseo de vivirla; y no siempre sabe que, para volver a la misma, hay que vencer muchas guerras en medio de la paz

que llega del Señor.

La paz inicia un largo camino; despierta los deseos de seguir por el sendero que presiente la felicidad.

Como nacen las decisiones, renacen las fuerzas; pero, ¿quién podría acompañar a muchos hermanos en ese despertar, aún llevarles paz, humildemente, antes de que prenda en sus corazones?, me pregunto un poco asustado.

10. EL AMOR Y LA COMPRESION DEL SEÑOR

Pienso en el amor; quisiese definirlo y no sé qué hacer; es que no tengo palabra que lo podría expresar.

Encuentro a tantos que hablan; pregunto si hablan del amor o sólo desean amar.

¿Desean darse o lo esperan ansiosamente?

¿Qué es el amor?

Tantas veces, pregunto por lo que nace en mi corazón, por lo que expreso y vivo, mientras sigo hablando del amor.

Hoy, me siento como un niño que apenas empieza a caminar;

¿en qué lugar me pones, Señor?

Sigo preguntando; ¿será que el amor es la razón de mi vida?

Hasta en el deseo de amar, y en un amor equivocado, lleno de miedos, de inseguridades y de dudas, hay deseos del amor que el Señor quiere implantar en nuestro corazón.

La vida debe pasar por el camino de las transformaciones, tan inspirado; y el Señor sigue construyendo en medio de lo humano, lo débil, lo inseguro, que hasta suele ser triste; pero como está en sus manos, podría llegar a transformarse en una gracia; es lo que espero en mi vida.

El Señor me encamina en el sendero del amor.

Mientras tanto, mi vida sigue buscando, golpeándose; está involucrada entre los seres que aman y buscan el amor como yo; es el camino del crecimiento para nosotros, mientras no perdemos ese primer eje del amor que parte del Señor.

Es que todos seguimos luchando, hasta que nuestras vidas se abran en medio del verdadero amor.

¿Qué es abrirse en medio del amor?

Es como abrir la fuente del agua viva.

¿Y quién lo comprendería?

Los que logran abrirse, lo comprenden sin palabras; es que no necesitan de ellas, ¿y para qué servirían?
Entonces, toda la vida es como si se pusiese de frente, para que el amor la penetre, la llene y la transforme.

En medio del amor, la vida encontrará su pleno sentido, será otra, distinta.

Miren cómo cambia la cara de alguien que ama; entonces, aún verán cómo cambia la vida de quien ama con el Amor del Señor, mientras halla en su propio corazón, la Corriente que nace en los cielos.

No obstante, en la vida de los cristianos no se ven esas caras muy frecuentemente; ¿no se ven o no las veo?; ¿y por qué no las veo?

Mi vida tendrá su tiempo, su modo de abrirse para el Señor; es lo que sigo buscando, soñando cada día.

Desearía hallar esa Corriente, y que inunde el desierto, mi tierra herida, enferma y devastada; y que el Señor transforme a todo mi ser.

Cuando mi vida esté abierta para el Señor, se encaminará a mis hermanos; será fuente para ellos.

Amar la vida como es, comprendiéndola y respetándola, es una gran gracia que puede llevar a la transformación.

En algún momento, en medio del amor, la vida se despierta, si es que quiere y es su tiempo; y el tiempo es del Señor.

La vida amada debe vencer la realidad que la encierra, en un largo camino; no todos se atreven a hacerlo, ni se dan cuenta de lo que podría significar el cambio; es que estamos en el camino de una verdadera transformación.

Nuestra vida, si es que la amamos de veras, podría ser testigo de los cambios que vienen del Señor; a la vez, se abriría como una inspiración para aquellos que apenas inician el

camino, siempre desde que nos sintamos muy amados.

Es difícil creer que alguien nos ama de veras.

Nuestra vida nos lo impide ver, nos ata en medio de nuestra vivencia; entonces, es difícil despertarnos hacia el amor que nace en el corazón.

Luego, el camino es largo, los cambios son lentos; y hay que comprenderlos para poder ayudar a los hermanos; más bien, hay que darles fuerzas para crecer.

Quien conoce el camino de su propio crecimiento en medio del amor, sabrá ayudar a los demás; como si fuese proyectar el camino en la vida de sus hermanos; hasta comprenderá las luchas, los apegos y tiempos de rebeldías y de desesperación; aún dará tiempo suficiente para creer y para crecer, pues verá un buen fin de sus luchas.

Deseo crecer en el amor hacia mis hermanos; no en el que ata, confunde y enreda, sino más bien, en el que se entrega a cada instante, sólo abriéndose, dándose.

Cuando hay tanta vida por despertarse, sólo deseo amarla; y de esta manera, sigo viviendo un amanecer feliz.

11. LA PALABRA DEL SEÑOR

El Señor abrió mi oído, y lo escuché en mi corazón.
Mi corazón se hizo como el nido para guardar la Palabra.
Aún, la viví por mucho tiempo, casi escondiéndola.
Hoy, reconozco ese tiempo y la Presencia que he vivido en
medio de la Palabra del Señor.

Cuando llega la Palabra hasta el corazón, algo va a pasar.
Es un tiempo muy sagrado en la vida del hombre; es que la
Semilla del Señor se ha unido a la tierra.
A veces, mientras pienso en la Palabra, no sé si el Señor la
siembra, o es que está desde siempre, en mi corazón y tan
sólo necesita de ese momento para que prendiese.
Hoy, prende su Palabra en mi tierra.

Recorro el tiempo, lo que viví, cuando el Señor iba obrando.
Hay muchos cambios que parten de la Palabra.
Fue también, el tiempo de luchas y de enfrentamientos.
Cuánto movimiento en mi corazón.

Si por una sola palabra, toda la vida cambia el rumbo, cuánto
más por la Palabra del Señor, en un corazón que la espera;
pues se hace Germen, Luz y Agua.
La Palabra se hace una Vida que conmueve a todo mi ser en
lo más íntimo de mi existencia; y siento esa fuerza, vivo esa
vida.

La Palabra del Señor lleva el poder de la transformación.
Quien no lo vive, es porque aún, no ha asumido esa vida; aún
no ha permitido que el Señor obrase de tal modo.
¿Llegará ese tiempo y esa gracia?

Hoy, en el mundo de tanta palabra, quiero encontrar la Vida
para mí y para mis hermanos.

Deseo ver la reconstrucción que vendría del Señor, desde su Palabra pronunciada en nuestro tiempo.

Hay tantas palabras en el aire, y la gente se confunde.

Entonces, quiero anunciar esa Palabra; sólo ésa.

Hay un sólo modo para pronunciar la Palabra del Señor y, en ese sentido, quisiese ser claro; es que tan sólo la Palabra que renace en el corazón transformado por la Palabra del Señor, tiene la fuerza suficiente para llegar a los hermanos; en otro caso, no tendría fuerza, ni siquiera sería del Señor; sería un hablar puramente humano.

Cuando el corazón esté transformado, y tan sólo del Señor, entonces, cada palabra será de Él.

La diferencia entre su Palabra y la palabra humana consiste en que la primera contiene Vida y Presencia del Señor.

Aquí está el secreto de la predicación, y creo que el pueblo suele discernirlo; hay algunos que casi no dicen nada y llegan hondamente; hay otros que instruyen y parece que tienen una palabra sabia; no obstante, tan sólo cuando el Señor llega, la vida cambia de veras.

No sé de qué manera hablar sobre la predicación.

Es que vale la Vivencia del Señor dada en un lenguaje más simple, más puro, en el lenguaje que nace; pues, la Vivencia une los corazones y contagia la vida.

Los que han hecho un camino espiritual, saben transmitir su vivencia; y es la que vale hoy, la que necesitamos.

Buscamos a los que hablan de su propia vivencia, mientras que la vida entrega al Señor, por sí misma.

Y termino, recordando a los hermanos, a los laicos que viven en el mundo, pues ellos siguen esperando su turno y pronto

van hablar del Señor desde sus corazones.

Les falta a que se atrevan, porque les cuesta comenzar; pero llega el momento, y el corazón no puede callar lo que sigue viviendo.

Introducción	3
A. 1. La Samaritana	5
a. que mi corazón responda	5
b. ¿por dónde me llevas?	6
2. La Imagen del Padre	9
a. me cuesta comprenderlo	9
b. quiero acompañarlo	10
c. al vivir el encuentro	12
3. A amar más a Jesús	15
a. el despertar	15
b. después viene otra vida	16
B. 4. A orar sin cesar	19
5. Al orar la vida	23
6. La reconciliación	25
7. La aceptación	27
8. No juzguen ni condenen	31
9. Al transmitir la paz y la esperanza	35
10. El amor y la comprensión del Señor	39
11. La Palabra del Señor	43

